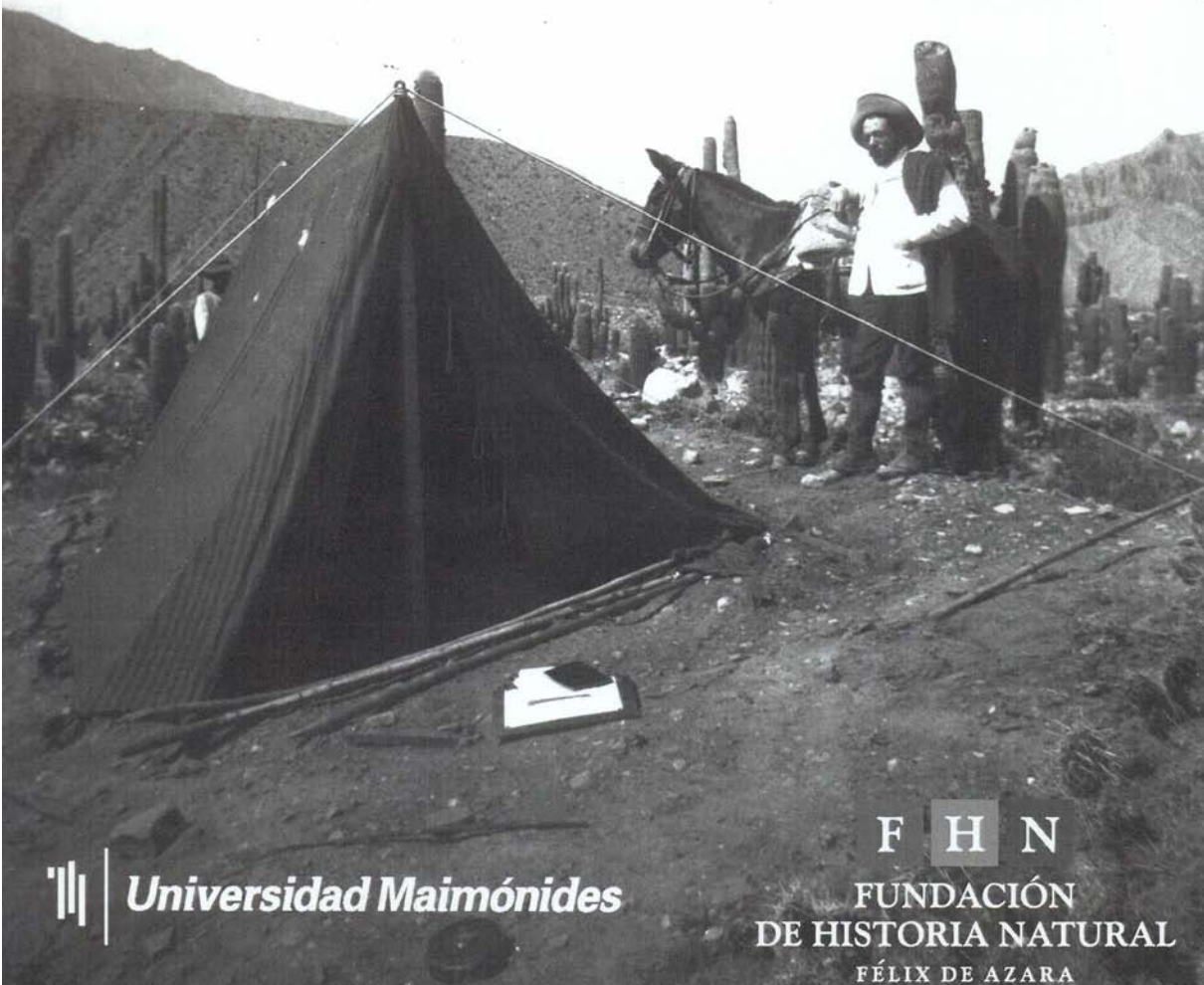


Historias de Arqueología Sudamericana

Javier Natri y Lúcio Menezes Ferreira
(Editores)



 **Universidad Maimónides**

F H N
FUNDACIÓN
DE HISTORIA NATURAL
FÉLIX DE AZARA

Historias de Arqueología Sudamericana

Javier Natri y Lúcio Menezes Ferreira
(Editores)



 **Universidad Maimónides**

ÍNDICE

Introducción: Por una historia comparada de la arqueología sudamericana <i>Javier Nastri y Lúcio Menezes Ferreira</i>	7
--	---

Arqueología y Nación

1. La arqueología venezolana de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX <i>Lino Meneses Pacheco</i>	21
2. Exploraciones arqueológicas en la construcción del territorio tucumano de fines del siglo XIX y principios del siglo XX <i>Sergio Rodolfo Carrizo</i>	55

Internacionalismo

3. Internacionalismo y arqueología: las relaciones institucionales y científicas entre Hermann von Ihering y los museos argentinos <i>Lúcio Menezes Ferreira</i>	77
4. Una cuestión de estilo. Cronología cultural en la arqueología andina de las primeras décadas del siglo XX <i>Javier Nastri</i>	95

Crítica del nacionalismo

5. Muerte y transfiguración del sabio: la batalla por el legado de Florentino Ameghino <i>Pablo Perazzi</i>	123
6. El pasado tras del espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú <i>Henry Tantaleán</i>	137

Indigenismo

7. El indio ecológico en Colombia. Causas y consecuencias de una idea en el pensamiento de izquierda

Carl Henrik Langebaeck Rueda..... 167

8. Factores dominantes en el desarrollo de la arqueología pampeana del período posconquista

Diana Leonis Mazzanti..... 189

Memoria

9. Identidad, memoria y narrativa en la Comunidad Indígena de Amaicha del Valle (Valle de Yocavil, provincia de Tucumán, República Argentina)

Gustavo M. Rivolta 211

10. Notas de investigación sobre el Proyecto Acervo Arqueológico del Archivo "Paulo Duarte"

Pedro Paulo Funari y Gladys José da Silva 231

INTRODUCCIÓN: POR UNA HISTORIA COMPARADA DE LA ARQUEOLOGÍA SUDAMERICANA

Javier Natri¹

Lúcio Menezes Ferreira²

En el amplio campo de la arqueología, los estudios acerca de la Historia de la disciplina se han constituido en una fructífera vertiente de producción intelectual. Las iniciales indagaciones sistemáticas en esta línea las planteó el arqueólogo inglés Glyn Daniel, quien publicó, en 1950, *A Hundred Years of Archaeology* (Daniel: 1950). Daniel escribió y también organizó otras obras sobre la historia de la arqueología europea, que son indudablemente importantes textos de referencia (Daniel: 1967, 1970, 1981); pero sus investigaciones históricas, orientadas por el proyecto de la epistemología clásica, se limitaron a una visión internalista de la arqueología. Daniel rastreó la trayectoria histórica de los métodos arqueológicos, los cuales, según el autor, permitieron un progresivo acercamiento a la verdad histórica y antropológica.

En los años 1970 cabe destacar el surgimiento de una mirada más amplia, que escudriñó procesos globales tales como el de las relaciones constitutivas entre arqueología e imperialismo (Gidtri: 1974). Otro hito en el estudio de la historia de arqueología se estableció en 1984, cuando Bruce G. Trigger convocó a los arqueólogos a comprometerse con arqueologías alternativas, adversarias de las fuerzas históricas que promulgaron la institucionalización de la disciplina: el nacionalismo, el colonialismo y el imperialismo (Trigger: 1984). Pocos años después, el mismo Trigger fijó nuevamente un punto luminoso en el ámbito de los estudios históricos de la arqueología, a través de su monumental e influyente *Historia del pensamiento arqueológico* (Trigger: 1989). El recientemente desaparecido arqueólogo canadiense argumentó en esta obra - que a lo mejor sea una de las más citadas en la bibliografía arqueológica -, que históricamente la Arqueología sirvió a ideologías de clase, ayudando a componer las tramas de la dominación nacionalista, colonialista e imperialista.

De los años 1990 al presente, numerosos trabajos continúan por la senda abierta por la obra de Daniel, examinando los avances históricos del método arqueológico.

¹ CONICET- Área de Antropología, Historia y Patrimonio de la Fundación Azara. Departamento de Ciencias Naturales y Antropología, Instituto Superior de Investigaciones, Universidad Mai-mónides, Buenos Aires, Argentina.

² Universidad Federal de Pelotas, Rio Grande do Sul, Brasil.

gico (Cf. p. ej.: Gran-Aymerich: 1998; Groenen: 1994; Stiebing: 1993; Lucas: 2007). Por otra parte, así como hiciera Trigger, otros autores se dedicaron a analizar la función del nacionalismo, del colonialismo y del imperialismo en la constitución epistemológica e institucional de la Arqueología (Cf. p. ej.: Díaz-Andreu y Champion: 1996; Díaz-Andreu y Smith: 2001; Hingley: 2000; Kohl y Fawcett: 1995; Lyons y Papadopoulos: 2002; Meskell: 1998). Una nueva línea se ha sumado en los últimos años, desplegando una crítica a la arqueología como proyecto de la modernidad; crítica más radical en sus fundamentos, pero quizá menos en su corolario (Lucas: 2004; Thomas: 2004). En síntesis, la historia de la arqueología como línea de pesquisa, posee hoy una cantidad de datos y de interpretaciones suficientes para la realización de trabajos comparativos de proporciones mundiales, como nos enseña una magistral obra recientemente publicada (Díaz-Andreu: 2007).

El interés en esta cuestión fue impulsado, por un lado, por la percepción de que los procesos imperiales de dominación global y los movimientos nacionalistas contemporáneos se vinculan en buena medida con el quehacer arqueológico y las políticas públicas del patrimonio; y, por otra parte, por la creación del Congreso Mundial de Arqueología, el cual ha congregado arqueólogos, cientistas sociales, pueblos indígenas y todos aquellos interesados en las dimensiones sociales de la arqueología. Esta creciente preocupación política forjó el desarrollo de una arqueología pública dedicada a cubrir diferentes instancias de poder en las que se ve envuelta la disciplina, desde el manejo del patrimonio hasta los derechos humanos (Merriman: 2004); del mismo modo que impulsó el despliegue de perspectivas poscoloniales en arqueología (Gosden: 2002), así también como propuestas radicales de descolonización de los métodos arqueológicos y de la escritura de la arqueología desde el punto de vista del indígena y del colonizado (Given: 2004; Smith y Wobst: 2005).

Nuestro continente tiene mucho con que contribuir y en efecto ya ha contribuido con esta discusión internacional avivada por los estudios contemporáneos en historia de la arqueología. En los últimos años se han publicado investigaciones sobre la Historia de la disciplina en la América del Sur que examinaron, en sintonía con el contexto académico mundial, los supuestos teóricos del quehacer arqueológico y su articulación con la formación de identidades nacionales y coloniales (Cf. p.e.: Angelo: 2005; Ferreira: 2005; Funari: 1995; Gnecco: 2004; Haber: 1994; Podgorny: 2002; Politis: 1995; Rueda: 2003; Sánchez: 2004). Con esta publicación, intentamos añadir nuevas interpretaciones al debate. Ofrecemos pues otras excavaciones en el sitio de la historia de la arqueología.

La idea del presente volumen tiene su origen en el simposio que organizamos en el marco de la *IV Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur*, celebrada en Catamarca, Argentina, del 3 al 7 de julio de 2007. La invitación para que lo organizásemos partió de Alejandro Haber, uno de los coordinadores del IV TAAS y autor de valiosas contribuciones sobre la historia de la arqueología en Argentina. El simposio congregó un número considerable de ponencias, signo del notable interés entre arqueólogos e historiadores latinoamericanos por este

campo de investigación. El título del simposio fue *La arqueología sudamericana en perspectiva histórica: identidades, narrativas y poder*. Nuestra intención fue la de reunir a estudiosos del tema para iniciar un diálogo crítico acerca de las investigaciones recientes. Entre las cuestiones que discutimos, elegimos como eje central las relaciones entre la arqueología y la formulación de identidades culturales, nacionales y regionales en los siglos XIX y XX. Agregamos a este problema amplio y general una serie de otras cuestiones: las vinculaciones personales e institucionales entre los arqueólogos de América del Sur; las relaciones de las narrativas arqueológicas con el otro cultural, tanto ya sea del pasado, como con las comunidades indígenas contemporáneas; las etapas fundacionales de la arqueología moderna como producto de los desarrollos científicos del siglo XIX; las relaciones entre la Arqueología y la construcción de los Estados latinoamericanos. Tales temas prosiguen animando los textos que presentamos en este volumen, alternándose en protagonismo a lo largo del recorrido cronológico de los textos.

En las contribuciones referidas a la práctica arqueológica a fines del siglo XIX, el papel de los estados-naciones en pleno proceso de consolidación presenta una destacada centralidad. Tales estados convocaron a estudiosos de diversas partes del mundo, a fin de dar comienzo al desarrollo científico en las jóvenes repúblicas sudamericanas. Esta circunstancia, que tendría hondas repercusiones en la conformación de los campos científicos de cada país -y que es desarrollada en los trabajos de la sección "Internacionalismo"-, debió aportar a ese imaginario colectivo que describe Lino Meneses Pacheco, de europeos-héroes-civilizadores en contraste con el atraso y salvajismo de las poblaciones originarias. En su capítulo "La arqueología venezolana de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX", Meneses Pacheco señala que dicho imaginario fue el elemento que permitió la reproducción de la situación colonial tras el fin de la administración española. El autor focaliza en la reacción contra esa visión -que se apoyaba en los textos de indias, con su marco religioso-, reacción que, hacia 1870, impulsaba la construcción de una historia nacional basada en datos "positivos". El naturalista prusiano Adolfo Ernst, su discípulo el cirujano Rafael Villavicencio, el también médico y lingüista Lisandro Alvarado, el químico Vicente Marciano, entre otros, desarrollaron una variada labor que incluyó a la etnografía y/o arqueología, vinculándose estrechamente con el Estado nacional y con el marco filosófico positivista. Meneses advierte aquí la existencia de contradicciones internas, en la medida en que la misma concepción moderna de búsqueda de datos empíricos que desplazó al marco religioso desvalorizador de lo americano, reactualizó el etnocentrismo al levantar como meta la entrada del país en la modernidad, dado que se equiparaba a la misma con la civilización europea.

Los cambios económicos y políticos implicados por la transformación de Venezuela en un país exportador de petróleo y por la aplicación por parte de Estados Unidos de la diplomacia del "buen vecino", en el marco del *New Deal*, impactaron profundamente en el devenir de la arqueología venezolana. El financiamiento de las investigaciones de Alfred Kidder II a comienzos de los años '30 en la cuenca del

Lago de Valencia por parte del accionista de la Standard Oil, Nelson Rockefeller, es sumamente representativo de una extendida situación a lo largo de esa década, por parte de diferentes compañías activas en el país. Meneses muestra cómo el Estado nacional continuó estando muy involucrado en el desarrollo de las investigaciones arqueológicas, ahora conjuntamente con compañías americanas, como una forma de materialización de la estrategia internacional de alianza con los Estados Unidos. En esta época adquiere consenso la teoría de la "H", desarrollada por Osgood y Howard, según la cual el territorio venezolano habría funcionado en el pasado como la barra horizontal de dicha letra, articulando las influencias cruzadas entre Centro y Sudamérica. La relación entre este panamericanismo arqueológico y el activo interés y extensión de la influencia norteamericana en la región es otro punto cabalmente expuesto por Meneses en la última sección de su capítulo.

Una de las preguntas que dispara el fervoroso relato bolivariano de Meneses es: existe una correspondencia entre el marco teórico difusionista utilizado por los investigadores norteamericanos en la interpretación de la arqueología venezolana y los intereses y prácticas neocoloniales impuestas por su país? En otras palabras: existe una relación directa entre intereses de clase y producción intelectual? Meneses presenta uno de los más claros ejemplos de vinculación entre políticas estatales e investigación arqueológica, el cual aporta a la indagación de la problemática historiográfica de la complementariedad de los enfoques internalistas y externalistas en la comprensión del derrotero histórico de una disciplina. Meneses da cuenta tanto de las políticas de Estado norteamericanas y venezolanas, como del carácter y basamento teórico de las contribuciones arqueológicas desarrolladas desde las últimas décadas del siglo XIX y a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

Un sentimiento similar al expresado por Meneses inspira al texto de Carrizo, sólo que en éste la reivindicación de la propia identidad es de carácter provincial, en contraste con el Estado nacional argentino. Al igual que en Venezuela, profesionales europeos inmigrados a América como producto de activas políticas de fomento estatales, participaron en el desarrollo inicial de las investigaciones arqueológicas. En el caso del noroeste argentino, los hallazgos del naturalista italiano Inocencio Liberani en Tucumán tuvieron gran repercusión, en la medida que se trató de la descripción de ruinas de una extensión y magnificencia desconocidas hasta el momento por el público y por el mismo Estado. Más puramente externalista que el capítulo anterior, la contribución de Carrizo complementa a la de Meneses poniendo el eje en aquello que el Estado buscaba lograr a través de su fomento de la arqueología, antes que la manera en que la arqueología adoptaba una forma consecuente con la ideología y los intereses del Estado. Carrizo señala que el objetivo de las descripciones naturalistas de los viajeros-científicos extranjeros y posteriormente, nacionales, era la negación "de las posesiones territoriales de las culturas autóctonas". Y coincide con Meneses en destacar la contradicción transitada por las jóvenes repúblicas sudamericanas –siguiendo un discurso esqui-

zoide, según Gnecco (2004)-, que tras sacudirse el yugo colonial español reprodujeron en cierta manera al mismo ahora con la más abstracta figura dominante de la modernidad. Pero a diferencia de Meneses, Carrizo no observa la contradicción en los propios arqueólogos locales. De esta manera puede contraponer a lo que denomina “actores provinciales” (la mayoría extranjeros pero con residencia en la provincia) con el posterior “avance de la academia porteña”, a partir de 1890 y en forma solapada con la continuación de las investigaciones de los primeros.

Puede decirse que al igual que EEUU, el Estado argentino realizó durante la segunda mitad del siglo XIX una política de expansión colonial “fronteras adentro”. En este sentido, las contribuciones arqueológicas sin duda sirvieron –o tuvieron el potencial de servir y así fue advertido por funcionarios de gobierno-, para, como expresa Carrizo, “generar territorialidad”. Pero una vez consolidado el Estado, dicha utilidad o potencial utilidad de la arqueología, se diluye. Y de la misma manera, la idea del puerto “avanzando” sobre el interior.³ Si la versión nacionalista de la historia de la arqueología de Meneses articula las visiones externalista e internalista de la misma; la de Carrizo despliega la externalista junto al interés por las luchas y competencias dentro del campo científico. Este último, un tercer enfoque, mediador de los dos primeros (Nastri 2004), se desarrolla en forma específica en nuestras propias contribuciones. Estas siguen a la de Carrizo en orden cronológico, conformando una segunda sección, titulada “Internacionalismo”, en la medida en que su interés no reside en la contraposición entre identidades particulares a diferentes escalas, sino todo lo contrario: el flujo y la interacción entre investigadores de distintos países, regiones y continentes. El caso del zoólogo alemán Herman von Ihering, contratado como naturalista viajero del Museo Nacional de Río de Janeiro y luego director del Museo Paulista, es paradigmático al respecto. Su relación con los investigadores y museos argentinos fueron fundamentales –como se muestra en el capítulo 3- para el desarrollo de su interpretación de la prehistoria sudamericana y brasileña.

En el capítulo 3, confluyen la mirada internalista y la externalista, junto con el detalle de las relaciones personales entre científicos e instituciones. Meneses Ferreira puede afirmar así la adherencia de Ihering al difusionismo teórico, junto con su compromiso político con el colonialismo interno. En el capítulo siguiente,

³ A diferencia de otros países en los cuales la consolidación del Estado implicó la construcción de una nueva capital federal en un lugar deshabitado, en Argentina, como corolario de una larga lucha entre Buenos Aires y las demás provincias, se produjo el traspaso de la ciudad puerto al gobierno federal y la erección de una nueva ciudad como capital de la provincia “descabezada”. Esta ciudad fue La Plata, y así la rica y grande Buenos Aires pasó a ser patrimonio de toda la Nación. No obstante, aunque en alguna medida puede afirmarse que la metrópoli fue “conquistada” por el interior, su estatus de capital, aparte de su tamaño y pujanza económica gracias al puerto (Luna: 1985), no facilitó la desaparición de los sentimientos de encono, competencia y resentimiento con el resto de las ciudades del país; sentimientos surgidos durante la época de las guerras civiles del siglo XIX.

en cambio, el interés está puesto en la mirada internalista complementada con referencias a la competencia académica, en sintonía con la teoría de los campos sociales de Bourdieu. Nastri analiza y compara allí los métodos e interpretaciones desplegados por Max Uhle en Perú, Eric Boman, Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti en el noroeste argentino, buscando dar cuenta de cómo se arribó a los productos científicos resultantes. Su objetivo es comprender a éstos en detalle, más allá de lo que puede parecer a primera vista a partir de la clasificación general de autores y trabajos (evolucionistas, difusionistas, estratigrafía, seriación, etc.).

La siguiente sección se denomina “Crítica del nacionalismo”, pues allí se ponen en entredicho los usos que el Estado ha hecho de las ideologías nacionales. A través del colorido relato de la lucha en la Argentina de los años 10 por la “herencia ameghiniana”, Perazzi busca socavar la pretensión de verdad de una poderosa “mitología nacional”: la del sabio superhombre, héroe popular. El paleontólogo y antropólogo autodidacta bonaerense Florentino Ameghino, mundialmente famoso por su revolucionaria tesis del origen pampeano de la humanidad, fue objeto, tras su muerte, de transformación en una suerte de ídolo popular, especie de “apóstol laico”. Si bien su tesis del hombre terciario fue refutada contundentemente poco antes de su muerte, la vastedad de su obra, su dedicación apasionada a la investigación y sus conflictos con hombres e instituciones le valieron una enorme fama que, como relata Perazzi, fue objeto de conversión tras su muerte, en un símbolo de lucha popular y laica contra los poderes establecidos. Para los socialistas, dichos poderes eran la élite erudita perteneciente a las clases altas; para los nacionalistas, Ameghino era un orgullo argentino que contribuía a cuestionar la habitual supremacía europea en el terreno de la ciencia. La versión más reaccionaria de estos últimos pudo valerse de la figura de Ameghino para demostrar la existencia de hombres superiores, los únicos capaces de conocer y descubrir la verdad. Perazzi expone de este modo, las distintas significaciones desplegadas por distintos grupos de interés, en torno a la figura de Ameghino. De esta manera, sin perder la articulación con el ámbito socio-histórico “externo”, el capítulo 5 enfoca la mirada en los campos sociales, culminando con la transformación del escenario a partir del surgimiento de la figura del especialista universitario y del ocaso del sabio.

En el capítulo 6, Tantaleán continúa un desarrollo similar, avanzando en el siglo XX en Perú. Aquí es más explícita la función de desenmascaramiento ideológico por parte del historiador. Antes que una expresión legítima de la identidad (Levi Strauss 1973; Trigger 1984), el nacionalismo es visto como ideología del Estado a los fines de la legitimación de la desigualdad social consagrada por el mismo. Para el autor, todo lo vinculado con el Estado es necesariamente dominante y tergiversador de la realidad del pasado. Propone entonces trascender el “espejo del presente”, para acceder al pasado sin ataduras ideológicas. Es esta una postura claramente marxista, (a diferencia de aquella suerte de “estadofobia”) y se diferencia por ejemplo de la propuesta hermenéutica para la cual el único modo de trascender la injustificada posición de esclarecimiento privilegiado del observador es

a partir de la declaración de la propia utopía (Ricoeur 1989). No obstante, la crítica de Tantaleán se centra en una de las figuras más emblemáticas de la arqueología materialista histórica latinoamericana: Luis Guillermo Lumbreras. Largamente ignorada por la arqueología de los países centrales -con pocas y honrosas excepciones (Trigger 1993; McGuire 1993; Patterson 1994)-, puede afirmarse que la arqueología social latinoamericana no ha sido objeto de un debate interno en una medida comparable a la de su resonancia como escuela, o al menos éste no se ha visto debidamente reflejado en las publicaciones. El capítulo de Tantaleán bien constituye un aporte en esta dirección, a fin de que la corriente siga viva y se enriquezca con nuevos enfoques y debates.

Si bien el nacionalismo peruano tiene sus bases en una reivindicación indigenista, como expone Tantaleán, pronto trasciende a la misma para propugnar la identificación con el Estado-nación. En la siguiente sección del volumen, titulada "Indigenismo", se incluyen dos contribuciones en las cuales dicha postura se manifiesta en ámbitos diferentes al estatal. Carl Henrik Langebaek Rueda se propone rastrear el origen de la idea del "indio ecológico" en Colombia, y la incidencia de la misma en la autopercepción indígena y en la visión que la izquierda tiene de las poblaciones originarias. Más allá de los fundamentos de esta idea (demasiado general para Langebaek, "como para resistir cualquier análisis"), el autor destaca la estrecha asociación entre la misma y la obra de Gerardo Reichel-Dolmatoff. A través de un recorrido sobre ésta, Langebaek muestra el giro realizado por Reichel-Dolmatoff, de una posición evolucionista y desvalorizadora del aborígen, a una reivindicación del carácter ecológico de éste. Langebaek demuestra que la idea del indio ecológico puede remontarse a comienzos del siglo XX, y que lo que Reichel-Dolmatoff le suma es la consideración de la importancia de los chamanes y las drogas alucinógenas. Hace esto en sintonía con su época: el nacimiento de la conciencia ambiental y la creencia en que las drogas alucinógenas proporcionan una superación del dualismo platónico de carne y espíritu. Langebaek incluso sugiere, que la visión de los hippies arribando a la Sierra de Santa Marta para tener experiencias de comunión con la naturaleza, motivados por la lectura de la etnografía de Reichel Dolmatoff *Los kogi*, pudo haber contribuido al giro intelectual del investigador colombiano.⁴

Langebaek traza el largo recorrido que llevó luego a la izquierda a realizar su propio giro hacia la reivindicación del indio ecológico ya en los '90. Queda de manifiesto en el mismo, el enorme poder de la idea como recurso simbólico para todos aquellos que desean una sociedad mejor. Tal es el caso de Mazanti, quien no obstante, proviene de un medio en el cual las ideas ecológicas y de reivindicación del aborígen no han germinado de la misma manera: las enormes pampas

⁴ De ser así, se trataría de uno de los pocos casos que en ciencia aquello que Ricoeur denomina *mimesis 3*, o explosión del texto en el lector, vuelve sobre el autor para moldear su obra futura (Ricoeur 1995).

argentinas, apropiadas durante el siglo XIX en base al exterminio aborigen y sostenedoras desde entonces de una estructura económica brutalmente desigual y destructora del medio ambiente. La construcción de la Argentina “moderna” conllevó un mito de origen que, señala Mazanti, se valió de “representaciones sociales distorsionadas sobre la otredad”. Como advierte Langebaek, no es que la del indio ecológico deba ser necesariamente fiel a la realidad, pero las que aborda Mazanti son inequívocamente erróneas y con un fin abiertamente injusto: la legitimación de la supresión física y la apropiación de los territorios aborígenes por parte del Estado en favor de la élite de terratenientes que hoy se hace llamar “el campo”.

Mazanti sostiene que el etnocentrismo fue “el principio ordenador y hegemónico desde el cual se gestaron representaciones múltiples sobre los pueblos originarios pampeanos”. Etnocentrismo que podríamos caracterizar de “activo”, por parte de los que acometieron la empresa de exterminio; y luego continuado en un etnocentrismo por omisión, en la medida en que se invisibiliza al aborigen, por ejemplo en el sistema escolar. De esta manera, a lo largo del siglo XX la consideración de las sociedades indígenas quedó relegada únicamente al ámbito de los especialistas, muchos de los cuales fueron participantes de la campaña de exterminio, valiéndose de cautivos para la realización de estudios. Mazanti expone el modo en que la escuela histórico cultural sucedió al positivismo sociodarwinista, para que luego de un breve interregno aperturista en los años ‘70, y la larga noche de la dictadura, renaciera la arqueología pampeana renovada con nuevos métodos y enfoques. No obstante, observa la autora que en el caso de la arqueología histórica, han tenido preeminencia los temas vinculados a los asentamientos europeos antes que los indígenas, continuándose de esta manera la tradición invisibilizadora del aborigen pampeano. El predominio teórico de la arqueología procesual norteamericana durante los años ‘90, habría contribuido a esta situación, así también como la desaparición física y marginación de los descendientes aborígenes que podrían haber mantenido viva la memoria.

“Memoria” es, finalmente, el tema de la última sección del volumen, la cual comienza con el caso de los amaichas, una comunidad indígena que conserva memoria de su identidad al menos desde la época de la resistencia al español, durante el siglo XVII. Allí Gustavo Rivolta viene desarrollando un proyecto de recuperación de la memoria a partir de la excavación del sitio Los Cardones, y la interacción con la activa comunidad indígena de Amaicha. Señala el autor que los pobladores debieron inventar o asumir identidades hasta ese momento postergadas u olvidadas. El hecho de constituir una comunidad constituyó una herencia histórica que no pudo dejar de estar presente como memoria. Pero el carácter indígena de la identidad es algo que comenzó a ser abiertamente reivindicado en tiempos más recientes. En esa búsqueda de reconstrucción de la memoria se apela a una evocación mítica o ideológica del pasado en la cual, el papel de los sitios resulta fundamental para hacer tangible eventos del pasado. Rivolta recorre algunos momentos de la trayectoria histórica de la comunidad amaicheña, desde poco después del fin de las guerras calchaquíes, cuando el Virrey les hace entrega

del título de propiedad de las tierras, de acuerdo con la Real Merced dictada por Felipe V en 1716. Continúa repasando el registro etnográfico de la población de la zona, generado por el célebre investigador Adán Quiroga y finalmente presenta un avance de los trabajos realizados por el autor desde mediados de la década de 1990.

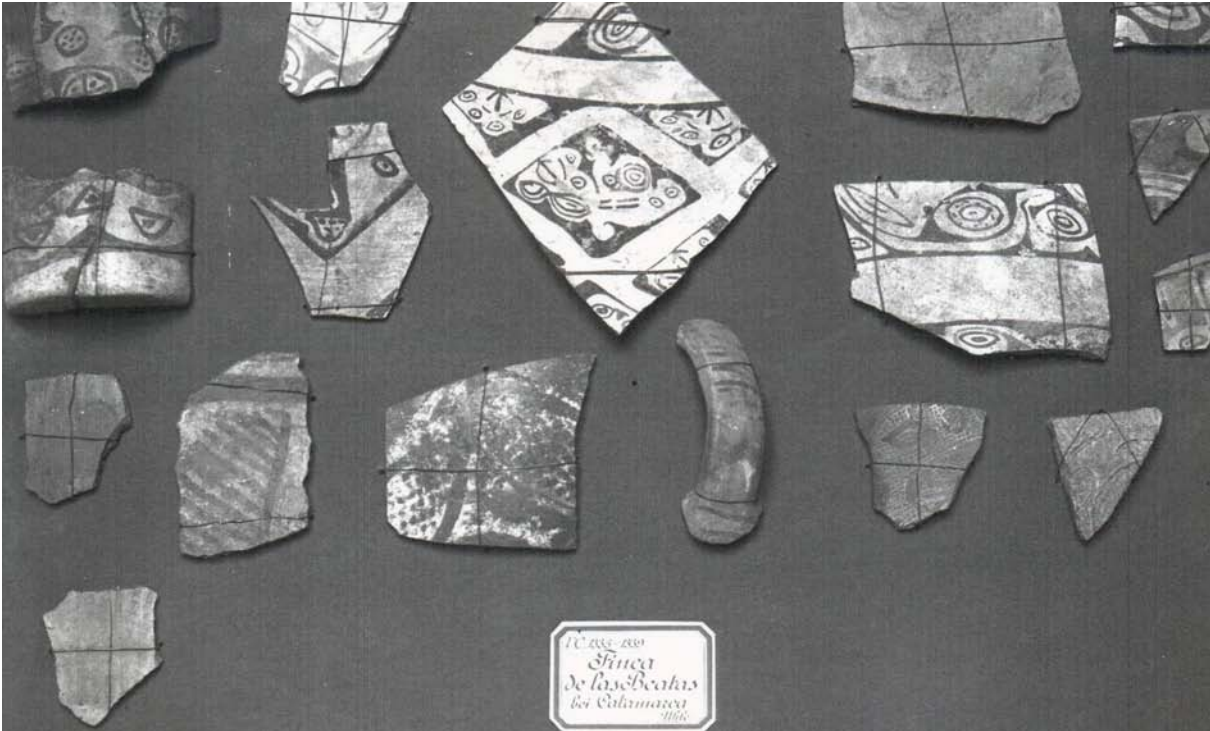
Dedicado a la comunidad de Amaicha, el trabajo de Rivolta es un exponente de la arqueología consustanciada con la causa indígena, de una manera similar a la que los trabajos de la primera sección se abrazaban a la causa de los colectivos nacionales y provinciales. Por último el capítulo de Funari y da Silva se ocupa de la archivística, colocando el eje en la labor del arqueólogo Paulo Duarte (1899-1984). Intelectual y político que se contó entre el grupo de los fundadores de la Universidad de Sao Paulo (USP), donó su copiosa documentación personal a la Universidad Estadual de Campinas (UNICAMP), la cual comenzó a ser puesta en valor una década después de la desaparición de Duarte, por parte de uno de los autores (PPF). Los casos analizados de la correspondencia de Duarte, referidos a sus acciones de protección del patrimonio arqueológico, son muestra de la imperiosa necesidad de organizar la documentación generada por los arqueólogos, de manera sistemática y responsable. Tanto en lo que respecta a los contenedores de materiales (Nastri 2010), como a la documentación de diarios de campo, correspondencia, etc., la conservación de la información generada y extraída por los arqueólogos constituye una obligación prioritaria, teniendo en cuenta los efectos destructivos de la labor arqueológica y los derechos otorgados a los investigadores para realizar su labor.

De manera que el recorrido del volumen se inicia con la arqueología apegada al sentimiento nacional, en sus distintas variantes, para continuar por el análisis de la acción de arqueólogos a través de las fronteras, tanto sentimentales como reales. En la 3ª sección la cuestión nacional vuelve a estar en el centro de interés, pero ahora en forma de crítica. En la 4ª sección la crítica se continua, desde una posición indigenista y alcanzando también a la misma. Finalmente, en la última sección se presentan casos actuales de acciones de preservación de la memoria por parte de arqueólogos, tanto en relación a los sitios y materiales que testimonian la historia aborígen, como en relación con la misma documentación producto de la investigación arqueológica.

Como parte de la antropología, la arqueología americana se enfrenta al mismo desafío de aquella en relación con la valorización del otro cultural: hace falta reivindicar al otro, y así reconocer su autonomía de manera que pueda constituirse en objeto de estudio, con su particularidad irreductible. Mas luego es necesario insertar a dicho otro en el contexto de las relaciones de poder vigentes, en la medida en que éstas determinan en buena medida su existencia. Ambas posiciones, necesarias, corren el riesgo de caer en el populismo o el miserabilismo. Pensar que todo lo latinoamericano es bueno por ser latinoamericano o que, inversamente, todo lo vinculado a la nación es negativo, por estar relacionado con el Estado, serían ejemplos de dichas “desviaciones” en el camino del conocimiento del otro

(Grignon y Passeron 1991). Pasar por ambas posiciones y continuarlas en una oscilación permanente constituye la solución a la tensión existente en la búsqueda de conocer al otro en su especificidad, en un marco en el cual el acceso a dicha especificidad está medidado por intereses políticos y sociales contemporáneos. Dicha oscilación es la que pretende ofrecer este volumen. En la espesura que les atraviesa, los textos componen un cuadro detallado de la Historia del quehacer arqueológico en América del Sur. Pensamos que ellos pueden tornarse una fuente de consulta a los arqueólogos e historiadores de la ciencia.⁵ Nuestra mayor expectativa es que estas *Historias* contribuyan al desarrollo de una línea de investigación en historia comparada de la arqueología americana, germinando algunos fundamentos para la comprensión de sus científicos, instituciones y contextos globales.

⁵ Aunque ya haya un libro referencial sobre la historia de la arqueología sudamericana (Oyuela-Caycedo: 1994).



En el amplio campo de la arqueología, los estudios acerca de la historia de la disciplina se han constituido en los últimos años en una fructífera vertiente de producción intelectual. El presente volumen reúne trabajos de estudiosos del tema procedentes de distintos países de América del Sur, a fin de contribuir al desarrollo de un diálogo crítico acerca de las investigaciones recientes.

La cuestión del papel de la arqueología en la formulación de identidades culturales, nacionales y regionales en los siglos XIX y XX constituye un eje central, al cual se agrega una serie de otras cuestiones, tales como las vinculaciones personales e institucionales entre los arqueólogos sudamericanos; las formas de construcción de narrativas arqueológicas y la relación de las mismas con el otro cultural, tanto ya sea del pasado, como con las comunidades indígenas contemporáneas.

F H N

**FUNDACIÓN
DE HISTORIA NATURAL**

FÉLIX DE AZARA

Universidad Maimónides

ISBN 978-987-25346-4-6



9 789872 534646